

Cibercultura, ciudad y nuevos movimientos urbanos

Francisco Sierra Caballero

Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL)

1. Introducción

Las tendencias y cambios sociales que introduce la denominada Sociedad de la Información se vienen traduciendo, en los últimos tiempos, en nuevos procesos de desarrollo cultural del ser y sentido de la ciudadanía. El alcance de los cambios en curso comprende una profunda transformación del sistema de organización de la vida pública a partir de una nueva cultura de la información.

“Las nuevas tecnologías impactan en los subsistemas de producción, distribución y consumo, por un lado, y en los mecanismos de reproducción social y del poder, por otro. Cambian, también, las nociones de tiempo y espacio, de poder y libertad, lo individual y colectivo, lo público y privado, nacional e internacional, productivo e improductivo” (Zallo, 1992: 45).

Como resultado de los cambios introducidos en el ecosistema social, la comunicación y la cultura experimentan una reconfiguración general de lo público que exige de la teoría crítica una concepción más praxiológica de las mediaciones. Toda conceptualización teórica sobre el interfaz Ciudadanía/Nuevas Tecnologías de la Información pasa, en otras palabras, por abordar en su radical singularidad, y desde el plano concreto de la inmanencia, el marco de conflictos y contradicciones que atraviesan la nueva división internacional del trabajo cultural, así como los procesos de acceso y apropiación local de la tecnocultura, considerando, desde una visión crítica, tanto el papel de las políticas públicas y las nuevas formas de dominio y control social que inaugura el *Capitalismo Cognitivo*, como las potencialidades y emergencias del nuevo proceso de mediación social.

Una hipótesis de partida generalmente aceptada para ello es que, en el proceso de transformación cultural del ecosistema informativo, la comunicación pública experimenta una impugnación radical de las formas de socialización y reproducción del saber y las prácticas sociales de la modernidad clásica.

El proceso de semiotización y estetización de la vida cotidiana es sintomático de una fuerte reconversión de las dinámicas científico-tecnológicas que regulan las relaciones del campo académico y la producción social general en virtud del proceso de socialización del conocimiento y la transformación de las formas colectivas de trabajo que introduce el paradigma de la cibercultura. Como bien apunta Negri, nuestro tiempo es el tiempo del sujeto cyborg, es el tiempo de la fábrica social, de la sociedad-empresa o, en otros términos, del sujeto trabajador polivalente como valor, como fuente y única garantía de reproducción y valorización del capital. Reconocer esto significa comenzar a repensar la función del conocimiento y la representación del nuevo sujeto político. Pues el proceso de informatización de la economía y de espectacularización del Capital, los logros de la denominada eufemísticamente nueva economía dan cuenta de un proceso revolucionario de reorganización territorial, simbólica y normativa de la vida social, en el que, lógicamente, junto a procesos de racionalización y reestructuración de la economía, tienen lugar amplias diferencias entre clases y grupos sociales, nuevas contradicciones entre unidades económicas integradas y espacios geográficos específicos que deben ser reformulados.

La proliferación de iniciativas de marketing urbano y proyectos de redefinición territorial en auge como los modelos de ordenación urbana de las ciudades del conocimiento, las ciudades educativas o los tecnopolos y parques tecnológicos que, en parte, impulsan las industrias culturales, vinculando el sector de la comunicación con realidades apenas consideradas por los estudios comunicológicos como la ordenación del espacio y la definición de los imaginarios urbanos como fuente de acumulación de capital y valorización de la cultura local, plantean, desde este punto de vista, la necesidad de una nueva agenda y redefinición del problema de las políticas culturales en nuestro ámbito de conocimiento, situando la emergencia de los nuevos movimientos urbanos o, en el sentido de Galindo, la erupción visible, desde una nueva óptica o plano de análisis.

En las siguientes páginas, vamos a tratar de abordar los principales ejes críticos del pensamiento comunicacional con la nueva topología ciudadana, apuntando líneas de fuerza y contradicciones de la comunicación total en la era de la *distopía urbana* como primer esbozo o tentativa por enmarcar conceptualmente los procesos de protesta e insurgencia de las multitudes en red. De forma sucinta, trataremos de perfilar un diagnóstico general de algunas de las principales tendencias o cambios sociales que introduce lo que denominamos *sociedad informacional*: qué tipo de cambios conlleva ésta; cómo utiliza el eje de articulación comunicación-desarrollo-cambio social para la construcción de la ciudadanía y de lo público en la transformación de los espacios urbanos, y, en coherencia, finalmente, qué elementos innovadores para la crítica teórica se observan en los nuevos movimientos urbanos y las ciudades rebeldes frente a los modelos dominantes de privación del espacio en la nueva ciudad neoliberal.

Valgan pues las siguientes páginas como un ensayo exploratorio con el que articular las principales ideas-fuerza y temas de la agenda que, más bien en forma de retos, ha de abordar la investigación crítica en comunicación, al objeto de definir políticas regionales y locales en materia de comunicación y cultura, desde la voluntad política de afirmación de un modelo de desarrollo y de construcción de la ciudadanía, alternativos a los modelos vigentes de *ciudades informacionales*.

2. Sociedad de la información y cambio urbano

Uno de los efectos más importantes del capitalismo –según nos recuerda François Loyer– es la transformación de la escala de los proyectos de construcción y reorganización del espacio. En tiempos de globalización, en la era de las economías de escala, el problema del valor, de las dimensiones y escalas de lo social, desde el punto de vista espacial, es, sin lugar a dudas, determinante, de la propia lógica del capitalismo. De lo local a lo global, del Estado-nación a la economía-mundo, la historia del capitalismo es la historia de la ampliación y modificación de las condiciones espaciotemporales de desarrollo social, que, en el ámbito de la comunicación, se traduce en la alteración de los *topoi*, de los parámetros espaciotemporales en la experiencia del sujeto moderno, introduciendo lo que podríamos denominar “lo espectacular integrado”. La industria cultural, el propio discurso periodístico, es deudor de esta querencia del capitalismo por ampliar sus territorios, por modificar la magnitud y monumentalidad de sus edificaciones, por apreciar lo extraordinario, como principio y guía de actuación de las mediaciones en su *normal* evolución social. Tanto así, que, en parte como resultado de lo que Giddens denomina fenómeno de *desanclaje*, prototípico de la modernidad, podríamos afirmar que a mayor escala del capitalismo, mayor influencia de la comunicación, llegando a nuestros días a la popularización de fenómenos como el marketing urbano, que asigna a la publicidad y estrategias de proyección de la imagen pública de las ciudades, la compleja tarea de posicionamiento y desarrollo económico del espacio social o, en suma, del conjunto del territorio y de la cultura. El cambio radical en la escala que Haussmann pensó para París se ve así hoy reproducido y ampliado con las estrategias de modernización de las nuevas tecnologías que las ciudades del conocimiento y los modelos de urbanismo digital planean como salida a la crisis y demandas de creciente competitividad de los mercados. En otras palabras, el proceso de desarrollo que marca y condiciona el imparable proceso de modernización y cambio social contemporáneo, sólo es explicable en el marco comprensivo de la historia general del capitalismo, a partir de cuyas lógicas estructurales podemos analizar consistentemente y definir mejor la actual dinámica *inhabitable* del cambio urbano en nuestras metrópolis.

Antes de entrar a discutir algunos preceptos e ideas de la comunicación en esta materia, vamos por ello a comenzar por describir las tendencias hegemónicas de transformación de lo urbano en el nuevo Capitalismo Cognitivo.

A nuestro modo de ver, el diseño territorial y sistémico del nuevo capitalismo, está determinado por cuatro principios básicos que ilustran, ejemplarmente, las lógicas culturales del contexto en el que nos movemos analíticamente en esta y otras materias comunes a los estudios en comunicación y cultura urbana:

1. Cuando hablamos de globalización, lo que distingue nuestra época de otros procesos de transformación del mundo del trabajo, de la cultura y de las relaciones internacionales no es la mundialización en sí, un proceso por otra parte consustancial al capitalismo, ya desde sus orígenes, sino más bien el *principio de conexión*, que, lógicamente, y como parte del espíritu positivo y la dialéctica de la ilustración, forma parte fundamental del proceso de cambio social moderno. Esta tendencia general a integrar territorios, realidades, sectores, procesos y formas culturales que tradicionalmente la modernidad había compartimentado según una lógica del pensamiento bárbaro y simplificador (Edgar Morin dixit), necesario a la vez para la realización del proyecto moderno, es hoy trascendida por una nueva lógica relacional productiva, a la par que azarosa e inestable. Como consecuencia, este principio de conexión nos obliga a pensar, por ejemplo, la comunicación y la educación junto a relaciones entre el sector de las industrias culturales, el desarrollo económico y la organización territorial, aspectos o dimensiones estos tradicionalmente separados en la sociedad industrial tradicional, y hoy obligatoriamente en conexión para garantizar la reproductibilidad del capitalismo, el principio universal de equivalencia y circulación del capital. De ahí que debemos desarrollar un pensamiento relacional de las complejidades constitutivas que articulan diferentes campos separados de la actividad humana general según una *lógica rizomática*, por utilizar la expresión característica de este nuevo desarrollo, que trasciende nuestras categorías y conceptos al uso, ante la constatación de la naturaleza líquida y la lógica fluida que distingue la naturaleza de la Sociedad de la Información.

2. Junto con la conexión, lógicamente forma parte del actual proceso de cambio, la apertura o *creatividad social*. En la medida en que se multiplican las conexiones relacionando aspectos separados, surgen de inmediato nuevas ideas y propuestas de representación. Con las continuas conexiones entre mundos y ecosistemas culturales tradicionalmente desconectados, se han reproducido intensivamente las formas híbridadas de cultura, favoreciendo una heterogeneidad compleja y contradictoria, que nos sitúa ante la necesidad de debatir el multiculturalismo, la explosión de diferencias del pensamiento posmoderno, cuya traducción en proyectos de desarrollo urbano como marca o señal de diferenciación de una ciudad es representativa de una forma de expresar la diferencia subsumida y

dependiente de la función de valorización del capital y de las necesidades de desarrollo y acumulación que el marco desreglamentado y competitivo de la economía internacional impone sobre los territorios y culturas autóctonas. Pues, parafraseando al profesor George Yúdice, obedece a una racionalidad instrumental que piensa la cultura solo como recurso para esta necesidad de modernización y desarrollo económico y social de las ciudades y culturas locales.

3. La actual lógica del Capitalismo Cognitivo *descentraliza*, por ello, a la vez que *desterritorializa*, la cultura y dinámicas de reproducción social. En las últimas décadas, especialmente a partir de los años ochenta del pasado siglo XX, se observa, a nivel político de forma más evidente, una tendencia notoria hacia la descentralización, que privilegia el ámbito local como eje estratégico de las transformaciones y cambios necesarios ante el complejo mundo interconectado de la sociedad global de la información y del conocimiento. Paralelamente, junto a este proceso, ha tenido lugar una intensiva dinámica de descentramiento informacional, en esencia contradictorio y problemático, porque justamente los procesos de descentralización han venido asociados a procesos de desregulación y privatización de los servicios públicos, por ejemplo en el sector de la comunicación y la cultura. Analícese por ejemplo el caso de Inglaterra. Cuando se inician los procesos de descentralización cultural, dando amplia autonomía a los municipios y culturas locales, que podría ser entendida como una apuesta claramente democratizadora, los servicios culturales, algunos estratégicos como la educación, son sometidos a una privatización encubierta al transferir la responsabilidad de la financiación y mantenimiento a las familias y entidades municipales, mientras se privilegia la transferencia de recursos del sistema público al privado disminuyendo la inversión del Estado en la enseñanza básica y secundaria y el sector público de la industria cultural. En otros términos, la descentralización política y económica de nuestras sociedades forma parte de un proceso contradictorio del capitalismo, por el que la creciente autonomía de lo local tiene lugar en una lógica de reorganización de las economías de escala que obliga a los actores sociales a un intensivo proceso de desterritorialización y reterritorialización de sus espacios, instituciones y comunidades, a tenor de la tendencia general de los procesos de valorización que tienen lugar con la construcción de la Sociedad de la Información. Así, “las metrópolis expresan e individualizan el consolidarse de la jerarquía global, en sus puntos más articulados, en un complejo de formas y ejercicio de comando. Las diferencias de clase y la programación genérica en la división del trabajo ya no se hacen más entre naciones sino entre centro y periferia, en la metrópolis” (Negri, 2006: 241) siendo plenamente funcionales a los fines últimos del proceso de acumulación.

4. Por último, tendríamos que destacar la existencia de un principio de *traducción* hacia la que apunta la creciente necesidad de convergencia, de equiparación e intercambio entre medios, culturas, sistemas y economías de la comunicación y la cultura, en parte debido a la política de articulación que las multitudes despliegan con la apropiación de las nuevas tecnologías electrónicas. Hablamos lógicamente de una lógica de integración del capital, que hoy convierte en intercambiable cualquier forma o expresión simbólica, cualquier manifestación cultural; y, desde luego, todo mensaje y política de la representación. Esta dinámica, como en el caso de la descentralización territorial, es una exigencia que resuelve la problemática creatividad social y la multiplicidad de expresiones de lo local, homologando para su intercambio los universos referenciales disponibles ante la exigencia de rotación del capital. Si la heterogeneidad, si la diferencia y la diversidad, reconocida en un sentido radical, es un problema para el capitalismo, a la vez que, paradójicamente, su condición de ampliación de mercados, vía consumo, para la realización del valor, es comprensible por tanto que tengamos un problema de *hermenéutica diatópica* en nuestro tiempo. En otras palabras, y siguiendo aquí a Boaventura de Sousa Santos, una condición para el desarrollo del capitalismo es el despliegue de sistemas de traducción cultural y de intercambio de diferentes referentes y formas culturales en la aldea global, capaces de equiparar y subsumir mediante políticas de representación, los marcos, fuentes y modelos de expresión de las culturas locales o periféricas.

En definitiva, considerando los principios y lógicas antes expuestos, podríamos definir la Sociedad de la Información como una *sociedad descentrada*. No es casual que muchos teóricos contemporáneos comparen ésta con la época medieval, por la multiplicación de poderes, la descentralización y/o insularidad derivadas del creciente aislamiento social y la proliferación de jerarquías territoriales, con la que, irremediablemente, entra en crisis la forma-Estado, impelida por los procesos de globalización y descentralización que impulsa el propio capitalismo. Nos encontramos, como señala Ulrich Beck, ante un nuevo entorno que poco tiene que ver con el espíritu positivo de la ilustración y sus modelos de previsión social, entre otras razones porque la naturaleza del cambio es complejo y difícilmente manejable, una sociedad de riesgo, pero también de oportunidades que, no casualmente, por utilizar el paralelismo con el medioevo, tiende por lo general a producir lecturas muy pesimistas sobre la posibilidad de construcción de alternativas colectivas de progreso. Quizás resultado de la problemática asunción de la singularidad por el pensamiento y la teoría emancipadora o, más allá aún, como resultado lógico de una confusa articulación de la crisis o proceso de transición que experimenta el nuevo espíritu neobarroco del capitalismo.

Ciertamente, la confusión propia de la explosión de la diversidad creativa y de aceleración del movimiento que altera radicalmente nuestros parámetros de percepción y adaptación al cambio moderno es sintomático de la emergencia de una nueva *cultura nómada*, que hay que pensar ahondando en las nuevas expresiones de la cultura popular, no como formas o manifestaciones ancladas de experiencia, sino como formas dinámicas y fugaces de representación que tradicionalmente la teoría marxista había asociado a la superestructura y que hoy constituyen, en cambio, formas materiales transformadoras del proceso histórico; esto es, la base material de definición del capitalismo maduro o, como convendría definir más precisamente, postfordista y/o cognitivo. Así, la ciudad digital bascula en una contradicción o paradoja compleja. En una cultura en la que todo habitar es provisorio, un puro efecto de flujo, “la ciudadanía se obtiene por trasmigración, por recorrido y conversión. No se pertenece a una comunidad u otra por origen o estancia, se tiene la marca instantánea del circular, del encuentro fortuito” (Brea, 2007: 109). No hay fronteras, no hay límites a los flujos. Los actores sociales transitan y mudan sus acciones e intercambios, su cultura es una cultura nómada, construida en muchos casos en tierra de nadie, en la *nutopía*. Resueltamente, cada vez es más difícil territorializar. Y, sin embargo, es necesario anclar la experiencia, fijar los límites, no de lo físico, sino de *lo enunciable*. Nos enfrentamos, sin duda, a un nuevo modo de ciudadanía, ante un espacio de comunidad sin sedes ni territorios. Una suerte de *nutopía* que vincula a sus gentes por las memorias que comparten y dicen en común, construyendo espacios de encuentros, ágoras o plazas públicas en el ciberespacio, con una temporalidad y lógica de la *mediación alterativa*. Resulta así, como consecuencia, que la metrópoli es hoy la república de la multitud, un espacio problemático, complejo y, como no, conflictivo. “Hoy el problema se presenta de manera diversa porque las varias secciones de la fuerza de trabajo se presentan en el híbrido metropolitano como relación interna e inmediatamente como multitud: un conjunto de singularidades, una multiplicidad de grupos y de subjetividades que ponen en forma (antagonista) el espacio metropolitano” (Negri, 2006: 239). En este escenario, debe analizarse la microfísica de potentes procesos productivos de subjetividad que surcan este nuevo entorno urbano.

El problema es cómo se teorizan tales cambios. Mientras que cierto posmodernismo “conservador” insiste sobremedida en la necesidad de olvidar las vanguardias estéticas, teóricas y el pensamiento totalizador, otros planteamientos que, sin duda, son los más pertinentes para construir una ciudadanía en la comunicación compleja que vivimos, ponen el acento no tanto en la crisis y la vanguardia como en las relaciones transversales de la economía de signos y espacios, en tanto que expresión de la creciente reificación y alineación características del capitalismo tardío por la que el conjunto social y el territorio conforman una mercancía global. Desde este punto de vista, la imagen de la ciudad es la

condición del inconsciente ideológico que hace posible la captura y subsunción de la cultura local en los procesos contradictorios de mediación de la nueva economía de la cultura de la era Internet.

En el siguiente epígrafe, proponemos analizar la lógica de la comunicación y el marketing urbano del Capitalismo Cognitivo en la constitución y emergencia de una nueva subjetividad política como problema de definición de la ciudadanía cultural que, en principio, cuestiona la propia teoría y la política democrática de la comunicación ante la emergencia de los nuevos movimientos urbanos.

3. Crítica teórica y praxis cultural

Frente a las concepciones neoconservadoras y posmodernistas de la arquitectura y la ciudad, frente a la fragmentación y dispersión promulgada por los modelos de *distopía* urbana, prototípicos del individualismo posesivo, a la hora de planear los modelos de ciudad, David Harvey advierte que tenemos otras alternativas posibles y necesarias que, desde una perspectiva crítica, han de ser fijadas como estrategia o alternativa teórica a la hora de pensar la ciudadanía, la comunicación y la cultura urbana en el escenario descrito anteriormente (Harvey, 2013). En esta línea, pensar la cibercultura y la ciudad tiene implicaciones desde el punto de vista de la economía política que exige integrar aspectos del desarrollo urbano que van más allá de los que fijaba la visión de lo público en la modernidad, al concernir aspectos como el imaginario o la educación y el buen gobierno, según puede observarse en algunas experiencias emblemáticas de reestructuración urbana como la ciudad de Londres que analizara Jameson. Desde esta perspectiva, la teoría crítica plantea la necesidad, frente a los modelos populistas que hablan de la imposibilidad de construir un modelo global de interpretación, la pertinencia de construir una alternativa teórica crítica al capitalismo flexible como condición necesaria para desarrollar los antagonismos, contradicciones y modelos de planeación del desarrollo local en la era red, de forma más equilibrada y democrática. Ello exigiría, en principio, abordar tres aspectos problemáticos en la nueva cultura urbana. A saber:

1. *El pancomunicacionismo*. Los modelos de ciudad-red o ciudades digitales reeditan hoy, por mor de lo que Yúdice denomina el recurso a la cultura, el común error de pensar la realidad del territorio desde visiones comunicocéntricas o más exactamente desde el pancomunicacionismo. Se afirma así la falsa idea de que es en el ámbito exclusivo de la comunicación donde las ciudades, y en general los territorios, resolverán sus contradicciones, falencias y retos para el desarrollo endógeno y, desde luego, para la definición de una nueva ciudadanía en los albores del nuevo orden social. Y es que, como sabemos, la ciudad digital es una ciudad de frecuencia modulada. Si modular es imponer una ruptura, una discontinuidad, separar y dividir la unión cooperativa espontánea, gestionar y gobernar

las formas de vida urbana, la era de la ciudad informacional depende, en efecto, hoy más que nunca de la comunicación, de la capacidad expresiva de sujetos sociales creativos que ponen en común su capital simbólico. Del malestar de la cultura y del malestar de las ciudades, se pasa así a la tonificante idea de la garantía de capitalización sociocultural que procuraría el recurso a la comunicación y la cultura como espacio de representación, de religación de las identidades fracturadas por las licuaciones y disolución de las ataduras simbólicas, físicas y sociales que la rotación acelerada del capital genera. Hemos pasado así en los organismos y foros internacionales de hablar de desarrollo endógeno a pensar políticas de comunicación para el *empoderamiento*, la confiabilidad y *buena gobernanza* de la administración local, cuando lo público, y lo común, tiende, justamente, a ser cercado y objeto de un proceso de privatización. En este sentido, parece lógico advertir de los peligros del pancomunicacionismo, apuntando cómo la construcción de estos modelos de ciudadanía tiene lugar según las necesidades de la creciente mercantilización del mundo social, cómo las formas contemporáneas de experiencia del sujeto social son mediatizadas por las lógicas mercantiles basadas en la privatización del espacio público y la espectacularización del propio territorio en virtud de un modelo de desarrollo y de identificación cultural orientado, básicamente, al consumo. Por ello, como sugiere Jameson, es necesario vincular lo simbólico con el desarrollo del capitalismo, es decir, no podemos entender la arquitectura posmoderna, el inconsciente ideológico del nuevo urbanismo, sin su trama material que lo gobierna. Hoy, sin embargo, los estudios culturales flotan en el aire como si lo simbólico fuera algo completamente ajeno a las relaciones de producción, a las formas de explotación, al desarrollo del capitalismo, al proceso, en suma, de acumulación flexible. Como si lo simbólico determinara el proceso de valorización y nunca al revés, evitando en todo momento vincular esta relación dialéctica y compleja, entre lo simbólico y lo material. En otras palabras, no entender, como señala Lash, que la economía de signos está sujeta a esta dinámica de circulación, no entender que lo simbólico forma parte ya de nuestra estructura económica y que está sujeta por tanto, a las leyes de desarrollo del capitalismo, parece un contrasentido en un discurso que, paradójicamente, pone el énfasis en la maximización del beneficio.

2. *La emergencia de nuevos espacios.* La crítica fundada al fetichismo mercantil de las nuevas formas de pancomunicacionismo y de populismo cultural en la era de las megalópolis posmodernas no puede, no obstante, ignorar que, en los últimos tiempos, asistimos a la configuración y desarrollo de nuevos espacios públicos, de nuevas espacialidades y formas de urbanidad, que, como consecuencia, han alterado los modelos y, sobre todo, las experiencias subjetivas de ciudadanía afectando, en consecuencia, la cultura y lógicas de representación y conocimiento social. Las plazas comerciales, las ciudades dispersas y los nuevos espacios de aglomeración urbana dan cuenta, a este respecto, de un nuevo marco lógico en el que pensar la política de comunicación municipal y más allá aún, las

fórmulas teóricas y críticas de negación del modelo privativo de adaptación o *comodificación* de lo urbano, en términos de política cultural, reconociendo, por poner un ejemplo, contra Habermas, que el espacio no es único, unitario, estático ni uniforme, sino más bien abierto y hackeable.

3. *La ciudad total, el pensamiento global.* La constatación de la hipótesis de Scott Lash sobre el dominio de jerarquías territoriales entre zonas vivas y ciudades muertas, en virtud del acceso y participación en los flujos de capital, mercancías y conocimiento, constata, según hemos avanzado en el comienzo de este artículo, el dominio de unas condiciones materiales de reproducción de las asimetrías interurbanas en las que la comunicación juega la función ideológica de reproducción y legitimación de las formas idealistas de pensamiento de la cultura posmoderna, en tanto que proyección virtual de la segregación de la ciudad, y de la ciudadanía, según las exigencias de la división internacional del trabajo o, para ser más exactos, de la especialización y segregación productiva que marca las necesidades de reproducción y ampliación de la escala y acumulación del capital. Ello es así, inexorablemente, mal que pese a los ingenuos urbanistas de las ciudades soñadas. Esta misma recurrente fe idealista ha llevado a los estudios en la materia a una concepción insular y fragmentaria de las transformaciones territoriales que, incesantemente, se producen y amplían en el nuevo Capitalismo Cognitivo, cuando más necesario es, a nuestro juicio, un enfoque integrador. A un tiempo y espacio concretos, a unas lógicas específicas de reproducción del territorio, de las culturas e identidades locales, en economías de escala, debiera corresponder, sin lugar a dudas, una visión unitaria, totalizante, de la Teoría de la Comunicación y de la Ciudad, pensando los nuevos modelos o cartografías urbanas, y las formas concretas y plurales de ciudadanía desde una visión global del conjunto de transformaciones sociales que estamos experimentando a nivel local. Bien es cierto que ya no son los tiempos del panóptico ni del modelo diagramado de la ciudad moderna, no es la era de la clásica sociedad industrial que Benjamín tan magistralmente describió en sus reflexiones sobre los pasajes de París. Más bien al contrario, podemos describir nuestro tiempo como el propio de una cultura marcada por la lógica de la dispersión, y por ende de la poliarquía, la era del Imperio, del zócalo y del laberinto, una era neobarroca de la ciudad-red y de los modelos de urbanismo líquido que aparentemente invalidan miradas integradoras. Pero en los tiempos fugaces de la Sociedad de la Información, en la panoplia pública del nuevo urbanismo de la “destrucción creativa”, las matrices del cambio deben ser enfocadas fuera del marco de la patrimonialización del capital social y urbano que tiene lugar con la subsunción de la sociedad entera por el Capital, si es que queremos comprender la singularidad de estos procesos y producir una teoría del cambio social potente, reflexiva y totalizadora, capaz de arrojar luz sobre los procesos en curso que estamos experimentando. Los trabajos, por ejemplo, de Mattelart sobre la arqueología y genealogía de la comunicación moderna, demuestran, en este punto, cómo la génesis del campo de la comunicación establece una cierta relación entre las formas de poder

y control con las formas de conocimiento, teorización y representación cognitiva de este espacio de la mediación comunicacional, paralelamente, por cierto, a la extensión de las ferias y luces de la gran ciudad, a los grandes proyectos de urbanización y de extensión de lo público y de lo social. En esta línea, es posible repensar el derecho a la ciudad en función de una lectura geopolítica del cambio urbano, capaz de articular el análisis de la comunicación y el desarrollo social a partir de las formas emergentes de acción colectiva y las demandas de la ciudadanía.

4. Tecnologías de la información y deconstrucción del marketing urbano

Hasta aquí hemos tratado de fijar el marco teórico y las claves político-culturales de desarrollo del nuevo entorno urbano con relación a la comunicación y la cultura en la era Internet. Ahora, ¿cómo y qué está sucediendo en el Capitalismo Cognitivo desde el punto de vista de la política de desterritorialización y representación de nuestras ciudades?, ¿en qué consiste tales políticas?, ¿qué tendencias podemos observar en el diseño de las campañas y colonización de los imaginarios urbanos que promueve hoy el capitalismo global?. En definitiva, antes de plantear una agenda de investigación sobre movimientos urbanos y cibercultura es el momento de precisar, en lo concreto, el proceso de transformaciones que la ciudad y la ciudadanía están experimentando en el nuevo modelo de urbanidad antes de ilustrar el sentido de las prácticas liberadoras con las TIC de los nuevos movimientos sociales.

Hemos apuntado, indirectamente, que el elevado nivel de competencia y las exigencias de valorización del capital ha llegado a tal grado que las ciudades, en su conjunto, se han convertido en objeto de la subsunción social general, obligadas ya no sólo a atraer capitales para su desarrollo mediante medidas de rebaja fiscal o, en términos de dotación de infraestructuras, a partir de condiciones adecuadas de transporte y comunicaciones fluidas por todos los medios; más allá aún, hoy el conjunto urbano se ha transmutado en una mercancía total, que debe ofrecer valores agregados, básicamente inmateriales, y por tanto vinculados a la industria del ocio, la cultura y el entretenimiento. De ahí que gran parte de las estrategias de renovación y desarrollo local estén asociadas a la comunicación como ámbito de valorización. Al punto que en muchos casos la comunicación y el desarrollo local es concebido como marketing urbano, esto es, como básicamente el diseño de una campaña de imagen que distinga la marca de una ciudad en el mapamundi del sistema de mercado integrado, de tal manera que en el posicionamiento estratégico el proyecto de ciudad sea fácilmente reconocido en virtud de la diferencia atribuible a la cultura, tradiciones o festividades autóctonas, esto es, en el plano simbólico.

Obviamente, la comunicación tiene aquí una función básicamente reguladora, y auxiliar en los procesos de planeación del territorio. Esto es, el modelo de *marketing* urbano utiliza la comunicación desde una lógica instrumental y accesoria, por razones de eficiencia y economía de señales, según criterios metodológicos, y de filosofía social, característicos de un pensamiento funcional coherente con los principios de la teoría de difusión de innovaciones que criticábamos hace décadas en los trabajos impulsados por investigadores norteamericanos que asesoraban a la UNESCO en sus proyectos de transferencia de tecnología de la información a los países periféricos, con la promesa de una modernidad finalmente frustrada. La lógica que inspira estas propuestas es pues la misma que encontramos en proyectos de extensión tecnológica de Internet sin variaciones significativas. Ciertamente, el entorno ha cambiado, y ya no hablamos de teoría de difusión de innovaciones, sino de *marketing* urbano, de capital social y de industrias creativas y de talento o capital cultural de una ciudad, pero la lógica, en lo esencial, sigue siendo la misma.

En la mayoría de las experiencias conocidas de planeación de la política de la comunicación para el desarrollo urbano, las mediaciones simbólicas son pensadas como un dispositivo técnico de reconstrucción de la imagen interna, a fin de tratar de crear identidad colectiva como ciudad, orgullo cívico y, desde luego, atraer nuevas inversiones y personal cualificado reduciendo, a cambio, la capacidad de autodeterminación de los actores locales. Ahora, ¿quién está produciendo esos modelos de desarrollo globales que determinan la posibilidad de desarrollo urbano local y qué papel tienen las identidades culturales en ese espacio?, ¿qué posibilidad de construcción de autonomía y proyección permiten los procesos de innovación tecnológica?, ¿qué objetivos y modelos de urbanidad son de interés público?, éstas y otras cuestiones significativas, que dan cuenta de la pertinencia o no, del sentido final que justifica los modelos de ciudad y, por ende, de ciudadanía, son aspectos que, habitualmente, quedan al margen de la metodología y praxis del *marketing* urbano. Los planes generales de reordenación urbana, como mucho, testan las formas de privatización del espacio público, basadas en una férrea división del trabajo entre quienes diseñan y proyectan los imaginarios y el conjunto de la ciudadanía, convertida en figurante y consumidor del espectáculo creativo de la nueva ciudad.

Conviene por ello comenzar a pensar la lógica de la comunicación, la ciudad y la ciudadanía desde otros parámetros distintos al paradigma o enfoque del *marketing* urbano, definiendo una agenda y líneas de desarrollo de investigación e intervención social basadas en el lenguaje de los vínculos y en la reivindicación de lo procomún.

Al tratar de concebir y repensar las complejas relaciones entre la comunicación y el desarrollo social, hay, a nuestro entender, cuatro ejes prioritarios a considerar para plantear un enfoque crítico alternativo en la era del Capitalismo Cognitivo. Obviamente, partimos de la idea de que no podemos pensar la comunicación y la ciudadanía sin plantear críticamente un abordaje integral de las formas de representación y democracia, esto es, sin abordar el reto de la participación ciudadana en la planeación urbana, porque es precisamente desde este punto desde donde se pueden comprender y esbozar las bases conceptuales, y especialmente metodológicas, de transformación del entorno urbano, ahora que asistimos a una recurrente apelación a las políticas culturales para el desarrollo local, tanto en el ámbito del Estado-nación en crisis y retirada de funciones nucleares de centralización, como en organismos internacionales. En este sentido, cabe apuntar, sin ánimo, como es lógico, de cerrar la discusión, dada la brevedad y limitaciones del presente trabajo, algunas directrices prioritarias con las que pensar la deconstrucción del neodifusionismo implícito en el discurso modernizador de las ciudades creativas y la cultura para el desarrollo. A saber:

1. *Crítica de la distopía urbana.* La ciudad es hoy hipermediatizada, un espacio otro. Nos encontramos ante “un laberinto irreductible de topologías rinconeras, esquinadas, minoría enjambrada de los lugares cualquiera, átopos e innombrados. Nada sino una micrología estallada en constelaciones heterótopas, sin lugares densos, sin puntos inflexivos o caracterizados. Y sin embargo, y esto no debemos negarlo, tampoco hay aquí falta de apuesta, o la laxitud pluralista de un todo vale, o todo equivale” (Brea, 2007: 121). Más allá de las experiencias de Second Life, del cine manga o de la literatura ciberpunk, el pensamiento comunicológico, desde una óptica crítica, tiene como primera tarea *deconstruir* y cuestionar el discurso público hegemónico de la *distopía urbana*, de los modelos –a decir de David Harvey– tipo Blade Runner. De ahí la reivindicación de, en palabras de Adorno, la *totalidad perdida*, un pensamiento y una visión de conjunto del espacio simbólico de la ciudad, reinventando, en términos de Jameson, las lógicas de valorización urbana que el capitalismo-ficción, que el capital financiero alimenta y prefigura públicamente a través de la comunicación en sus estrategias de valorización y especulación del territorio. Se trataría pues de descifrar, descodificar y representar la nueva vida urbana, las nuevas formas de ciudadanía desde una antropología materialista de la comunicación y la cultura que piense el cambio urbano, y el imaginario popular fragmentario de los *nuevos pasajes* de la ciudad, desde una Comunicología resueltamente materialista a partir de la radical historicidad.

2. *Análisis de la geopolítica de la comunicación.* En esta línea, es urgente abordar el estudio de las nuevas formas de reorganización urbana en torno a las industrias culturales que tienen lugar en el ámbito local, en el proceso de convergencia de las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones, el sistema científico-tecnológico, el turismo y el comercio local. “La metrópoli,

con su concentración de capital y trabajo vivo, explicita al nivel más alto todas las contradicciones del sistema portfordista, las reproduce en su seno, en la vida que la habita, en todo el sistema de relaciones que la atraviesa” (Di Maio/Tiddi, 2004: 118). Llama en este sentido la atención que cuanto más determinante es la geopolítica de la comunicación y la cultura para definir posiciones, y transformar la vida, incluso en sus cartografías domésticas más elementales, menos se aborda la dimensión productiva de lo inmaterial. Por tanto, más allá del debate nominalista sobre las llamadas industrias creativas, la crítica económico-política de la geopolítica de la estructura de la comunicación en los nuevos modelos de ciudad es una tarea estratégica. De ello dependen las posibilidades de autonomía y, en un plano científico, la capacidad de comprender los fracasos y desarrollos positivos del nuevo Capitalismo Cognitivo en las megalópolis posmodernas.

3. *Patrimonio, matrimonio, memoria.* Un tercer aspecto a considerar en la agenda de la reflexión que nos ocupa tiene que ver con la memoria cultural, esto es, con la dimensión subjetiva o fenomenológica de la cultura. Uno de los rasgos característicos de nuestra posmodernidad es la anulación del potencial emancipatorio y vital, del recuerdo, lo que, sin duda, condiciona nuestra capacidad de anticipación histórica y de proyección a futuro. Un problema teórico central de nuestro tiempo es, desde este punto de vista de la experiencia del sujeto, pensar el problema de la memoria en la era digital, una labor crucial que apunta directamente sobre la política de archivo o, más concretamente, sobre el problema de la gestión y organización del conocimiento local. El modo de registro y clasificación de nuestro legado –desde las artes a las culturas populares y las tradiciones– el modo de representar quiénes y cómo somos, más allá de los modelos faraónicos de modernización urbana, o más allá de la instrumentalización de esa gestión y organización de conocimiento local con fines de acumulación y valorización de capital que plantean los proyectos de Economía Creativa, es sin duda un problema de actualidad, pues apunta sobre lo procomún, o más exactamente, pone en evidencia cómo el proceso de subsunción de la sociedad entera, de la ciudad en su conjunto como mercancía, tiende a expropiar a las culturas locales de su expresión y su lenguaje, de su ser y su presencia, para su registro como objeto de consumo homologado. En este proceso, hay que pensar las políticas de representación, la política de archivo, y por ende los canales y mediaciones, pero también los espacios comunes, los puntos de conexión y condensación, las formas de socialidad como punto de partida para comprender los nuevos conflictos urbanos, la cibercultura y el espacio de lucha por el derecho a la ciudad en nuestro tiempo. “El proyecto no es el de colectivizar sino el de reconocer y organizar el común. Un común hecho de un patrimonio riquísimo de estilos de vida, de posibilidades colectivas de comunicación y reproducción de la vida y, sobre todo, del exceso de la expresión común de la vida en el espacio metropolitano” (Negri, 2006:240). Si sabemos, desde la Escuela de Chicago, que la ciudad son espacios comunes transindividuales, espacios de localización de dinámicas sociales, de

consumos y formas de habitar singulares, los surcos o huellas, los registros que quedan en la piel o pliegues de esta cultura monumental, deben ser actualizados y sujetos a una lógica crítica de reinterpretación. Es preciso, en fin, recuperar el espesor *matricial* de las culturas, lugares y experiencias de los sujetos, desde su especificidad y capacidad de registro y archivo, para recuperar los espacios de esperanza, su potencial imaginario.

4. *La modernización educativa*. El proceso de desarrollo de las ciudades del conocimiento forma parte también, por último, de la discusión sobre educación y ciudadanía, por lo que debe ser objeto de una investigación e intervención social consciente de los límites del Capitalismo Cognitivo. Hasta hace poco, el único ámbito público no colonizado según la lógica del capital era la educación, donde la política pública de extensión y regulación del Estado hacía posible la construcción de espacio público y el autoreconocimiento de los derechos ciudadanos. Hoy por hoy, en cambio, la educación está sometida a un proceso de valorización intensiva, y de comercialización de los conocimientos al grado de ser instrumentada en los procesos de convergencia y modernización del territorio como nodos de coordinación de los parques científicos y tecnológicos. Por ello es preciso problematizar el papel de la ciencia y la academia en los proyectos de valorización de la denominada *nueva economía del conocimiento*, que ya están operando a escala local, integrando estrategias de desarrollo urbano que procuran explotar el capital –la denominada por Marx inteligencia social general– como motor del proceso de modernización y desarrollo de las ciudades. Y situar en este punto el sentido de la mediación pedagógica y de las ciudades del conocimiento como problema neurálgico de reproducción del capitalismo financiero (Moulier Boutang, 2011).

A partir de estos ejes, podemos definir una agenda de investigación y un nuevo marco conceptual de crítica y práctica teórica alternativa. Ahora, cómo hemos de enmarcar los procesos de movilización y acción colectiva de las multitudes inteligentes. Qué retos epistemológicos y políticos nos plantean las redes de cooperación y autonomía social en la cibercultura. En la segunda parte de nuestro capítulo, vamos a tratar de responder a las preguntas fundamentales que anticipamos con el diagnóstico de las condiciones generales de la producción común de la ciudadanía en la era del marketing urbano.

5. Redes, multitudes y nuevas mediaciones ciudadanas

Hoy es comúnmente reconocido por el conjunto de las ciencias sociales que, en el nuevo contexto de la globalización, el ser y actuar de los movimientos sociales cobra nuevo significado y una importancia estructural decisiva. La complejidad del desarrollo tardocapitalista y la expansión del consumo cultural se ha traducido, en los últimos años, en un proceso de creciente fragmentación social y de

multiplicación de la diversidad de las contradicciones sociales, dando pie a la configuración de numerosos movimientos con identidades, objetivos e intereses particulares en relación al sistema social.

"La diferenciación de campos, actores y formas de acción no permite seguir con la imagen estereotipada de los actores colectivos moviéndose en el escenario histórico como los personajes de un drama épico; igualmente desacreditada se encuentra la imagen opuesta de una masa amorfa guiada exclusivamente por sus instintos gregarios " (Melucci, 1994: 155).

Más bien al contrario, el efecto directo del proceso de globalización ha sido la creciente diferenciación de las formas y estilos de vida, así como la mayor vinculación de los diversos grupos humanos con los intereses relativos a la calidad de vida y las formas locales de lucha y reivindicación social.

Como ha sido ya subrayado por numerosos autores, en la nueva *sociedad tribal*, hemos pasado de un orden bipolar a la complejidad polisémica de los discursos y las prácticas políticas plurales, siendo los movimientos ciudadanos la más visible constatación del cambio y el pluralismo distintivos de la nueva sociedad del conocimiento que convierten a los movimientos sociales en objeto privilegiado de análisis social. El estudio de estas nuevas modalidades de acción colectiva configura hoy un campo interdisciplinario decisivo, de gran amplitud y complejidad en su tratamiento metodológico. Melucci ha llegado incluso a criticar lo que se ha dado en llamar nuevo "paradigma de los movimientos sociales" por su progresiva ontologización. La creciente importancia asignada a la pluralidad de significados y a las formas de acción implícitas en estos nuevos fenómenos colectivos, que afectan a diferentes niveles de la estructura social, es reveladora no obstante del alcance y determinación de estas dinámicas constructivas de intervención desde el punto de vista de la comprensión de las nuevas lógicas sociales, lo que, en coherencia, exige un mayor esfuerzo de estudio y apertura de la investigación a la diversidad social de estos nuevos actores colectivos emergentes.

Ahora bien, el concepto de movimiento social se ha tornado tan complejo, teórica y analíticamente, en los últimos años, que, al convertirse en el centro de la acción y el cambio social tardocapitalista, la ambivalencia y pluralidad de las experiencias existentes dificultan conceptualmente su identificación, al punto de crear en ocasiones ciertas ambigüedades no sólo entre los estudiosos de la ciencia política y la sociología, sino incluso entre los propios sujetos y actores participantes que forman parte integral, o al menos creen formar parte, de eso que llamamos nuevos movimientos sociales.

Los intentos por unificar la definición de este tipo de acciones colectivas han fracasado en la mayoría de los casos a la hora de lograr el consenso sobre el sentido y función de la acción colectiva. En otros casos, las aproximaciones conceptuales al nuevo campo que definen estas organizaciones sólo se han podido llevar a efecto mediante la búsqueda de un mínimo común denominador. Diani, por ejemplo, ha definido la teoría de los nuevos movimientos sociales a partir de cuatro aspectos básicos: la constitución y organización informal en redes; la construcción de valores y creencias compartidas; el desarrollo de la acción social en áreas de conflicto; y la independencia de las actividades del colectivo frente a la esfera institucional (Revilla, 1994: 185) por entender, en este último caso, la sociología que los movimientos sociales constituyen una forma dinámica y flexible de reconstitución de la identidad colectiva, fuera del ámbito de la política formal. Otros autores, en cambio, han llegado a la conclusión de destacar básicamente tres características principales, entre las señas de identidad que distinguen a los nuevos movimientos sociales, a saber: la racionalidad estratégica en la coordinación de esfuerzos y la movilización de recursos; las nuevas formas organizativas, con el objetivo de garantizar la cooperación asociativa; y la reflexividad como toma de conciencia sobre el papel y los factores determinantes en el juego de poderes que, por supuesto, también condiciona la actividad de este tipo de organización.

Como resultado de esta misma confusión y complejidad en la definición del campo objeto de estudio, los nuevos movimientos sociales han sido analizados a partir de muy distintos enfoques teóricos desde tantos marcos conceptuales como programas de investigación ha desarrollado la sociología. No procede discutir aquí, al respecto, las distintas concepciones sobre las formas abiertas de movilización social como objeto de conocimiento. Nos conformaremos, por lo pronto, con tratar a continuación de describir las bases conceptuales desde las que pensar e intervenir en la comunicación para el desarrollo y la democracia, según una concepción cultural constructiva y dialógica, que enmarque el problema de la Cibercultura en la era de las Multitudes Inteligentes.

Así, frente a un concepto instrumental y positivista de la movilización social y al modelo analítico fundamentado en el interés y el cálculo individual de la organización de la acción colectiva, aquí estaríamos a favor de la idea del movimiento social como un actor colectivo que interviene en el proceso de transformación urbana desde una visión dinámica del cambio social. Esto es, todo movimiento urbano se constituye sobre lo manifiesto y organizativo de su estructura, pero en función de lo latente, imaginario o simbólico, como punto de identificación que agrupa lo colectivo. Siguiendo el camino avanzado por la nueva sociología europea, coincidimos por tanto en lo esencial con el planteamiento del enfoque de la identidad colectiva que interpreta la acción social como fruto del valor añadido que los actores asignan a las señas de identidad, entendida ésta como interactiva y compartida, es decir, más como proceso que como producto. Desde esta perspectiva, los

movimientos sociales son conceptualizados como espacios simbólicos de producción imaginaria, regulados por un código, un lenguaje, una expresividad propia, y, en última instancia, por una identidad que determina y orienta el sentido último de la acción.

Melucci distingue, en este sentido, tres dimensiones elementales:

1. Las estructuras cognoscitivas relativas a los fines, medios y ámbitos de acción.
2. Las relaciones entre los actores que negocian, se comunican y adoptan colectivamente las decisiones operativas.
3. Las inversiones emocionales, las plusvalías afectivas que invierten en su conocimiento dichos actores.

Si bien en los últimos años los investigadores han resaltado la importancia del segundo y tercer elemento, cabe coincidir con Pizzorno en que la base de tales interacciones se estructuran a partir del principio de identificación de los intereses comunes. Para que se pueda hablar de un interés colectivo y del desarrollo de sus expectativas es necesario referirse a un proceso de identificación en el cual se articula un proyecto de grupo que da sentido a las preferencias y expectativas colectivas e individuales. Precisamente, en el círculo de reconocimiento, hoy distribuido o disperso por la red, se comparten y estructuran las apropiaciones simbólicas. Es decir, sólo desde la pertenencia a una identidad colectiva se refuerza la identidad personal. Y justo a partir de la acción se construye el mundo de vida, en el sentido de percepción del pasado-presente y el futuro, en la construcción de proyectos colectivos desde el ámbito de una topología imaginaria hoy mediada básicamente por la cibercultura.

Es decir, todo movimiento social siempre es más que lo que la organización abarca. En cuanto agente movilizador que desarrolla su trabajo en constante y continua acción pública, Raschke señala que un movimiento social se define por una alta interpretación simbólica; es decir, el grupo que se constituye como movimiento social se caracteriza por un pronunciado sentimiento de nosotros. Desde una perspectiva sociosemiótica, podemos considerar estos colectivos como instancias generadoras de signos que fortifican su integración y consolidan la identidad de sus miembros. Los individuos que participan en los movimientos sociales actúan a partir de la información a la que socialmente pueden acceder y que, en muchas ocasiones, el propio grupo les proporciona, configurando a través de múltiples mediaciones su actitud, sus aspiraciones y su comportamiento. Las dimensiones culturales y normativas que conforman el lenguaje de interacción del grupo constituyen por tanto la base de referencia que identifica mutuamente a los miembros del movimiento social por oposición a otras instituciones y organizaciones sociales. Melucci llega, en este sentido, a definir analíticamente todo

movimiento social como una forma de acción solidaria que se desarrolla a partir del conflicto, rompiendo los límites del sistema en que ocurre la acción.

A partir de los análisis de Touraine, sabemos que, en el marco del nuevo modelo de producción del tardocapitalismo, los conflictos que se originan a partir de los desequilibrios sistémicos explican en parte el impulso y desarrollo de los nuevos movimientos sociales frente a las formas sofisticadas de control y dominación social. Touraine vincula la noción de movimiento social a las determinaciones de clase. Luego, como consecuencia, los movimientos sociales serían aquellas prácticas de acción colectiva orientadas a la transformación de las relaciones de dominio. Ahora bien, centrarse en las estructuras de determinación puede llevarnos a desestimar los factores de identidad como elementos secundarios o aspectos más creativos e imaginarios, pese a la relevancia que adquiere cotidianamente para las multitudes en línea. Raschke propone por ello separar analíticamente todo movimiento social de la evolución general de la sociedad:

“Si bien en las fases tempranas del desarrollo de los modernos movimientos sociales la - supuesta - dirección del movimiento de la sociedad aún no estaba separada del colectivo de acción que se refería a ese cambio social, cada vez se diferencia de forma más fuerte en los movimientos y en la ciencia social el hecho de que la dinámica del movimiento no es idéntico a la dinámica de la sociedad” (Raschke, 1994 : 127).

Reconocer, no obstante, la autonomía de los movimientos sociales no implica aceptar su indeterminación. Antes bien, es preciso articular ambos procesos desde un abordaje intermedio:

“Ni los modelos macroestructurales, ni los basados en las motivaciones individuales tienen capacidad para explicar las formas concretas de acción colectiva o la implicación individual en tales acciones. Entre el análisis de los determinantes estructurales y el de las preferencias individuales falta el análisis del nivel intermedio relacionado con los procesos a través de los cuales los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente” (Melucci, 1994 : 167).

Un movimiento social, como escribe Ledesma, no es un *datum*, algo fijado de antemano, sino un proceso; es decir, el movimiento social es, y no es, un resultado específico de la acción del movimiento. Más aún, es un proceso colectivo en el que los actores negocian y renegocian

continuamente todos los aspectos de su acción. Es a través de este proceso de contrato comunicativo, en el diálogo y la participación pública como se crean nuevos códigos culturales y posibles alternativas simbólicas a nivel interno y externo, en el momento de construcción de la identidad común. Hoy este proceso se complejiza por la acción de los nuevos medios de interacción social. La generación de información, la comunicación de significados y el intercambio de signos constituyen, de hecho, objetos esenciales en la actividad del grupo, dado el entorno o ecosistema complejo del universo digital. Los movimientos sociales pueden ser concebidos así como sistemas de comunicación estructurados en múltiples redes de relaciones sociales, donde los grupos formales actúan como nudos encargados de recepcionar y retransmitir los mensajes que propician las movilizaciones tendentes a reivindicar tanto cuestiones concretas y puntuales, como genéricamente nuevos modelos culturales, siempre *performativamente*. En otras palabras, los movimientos sociales son sistemas de acción que operan en campos socioculturales que limitan y ofrecen determinadas posibilidades de transformación del contexto tanto en el plano físico de ocupación como en la articulación proactiva del ciberespacio o mundo virtual. En esta línea, Gusfield asocia los movimientos sociales con las exigencias socialmente compartidas para operar un cambio en las estructuras o el orden social. El objetivo del cambio está implícito en la mayoría de las definiciones conocidas. Por ejemplo, Giddens se refiere a un interés común que requiere de un reconocimiento público o, en caso contrario, forzará el cambio para su aceptación. Mientras que Touraine incluso reduce el concepto de movimiento social a aquellas organizaciones cuyo comportamiento colectivo implica una lucha histórica en pos del cambio y el progreso social; es decir, en palabras de Alberto Melucci, los movimientos sociales se reconocen por un “comportamiento conflictivo que no acepta roles sociales impuestos por las normas institucionalizadas, anula las reglas del sistema político y/o ataca la estructura de las relaciones de clase de una sociedad dada” (Pérez Ledesma, 1994: 62).

Desde este punto de vista, los movimientos sociales serían portadores de una racionalidad del mundo de vida que, frente a las formas de racionalidad instrumentales propia de las instituciones, busca transformar la sociedad. El contenido, de hecho, de los nuevos movimientos sociales vendría delimitado básicamente por la toma de “conciencia de los límites civilizatorios alcanzados por las sociedades modernas en su continua expansión” (Riechmann y Fernández Buey, 1994: 13) tanto a nivel social como culturalmente, resultando así el contexto comunitario de cambio un problema de revalorización de la identidad colectiva de los actores y grupos sociales.

Todo grupo, así como los sujetos a título individual, participan permanentemente en el capitalismo de un proceso colectivo de construcción de la identidad propia y ajena. Tal proceso es por completo indeterminado y abierto. Ello, lógicamente, provoca problemas de identidad y de ideología. Con su identidad –como comenta Rodríguez Villasante–, “porque las pulsiones del ello preconscious están

siempre presentes y afectan al estilo y personalidad del grupo. Con su ideología, porque las justificaciones que vienen del super-yo meten los ancestrales históricos locales en cantidad de ritos y mitos fundantes de tales pretendidas racionalizaciones” (Rodríguez Villasante, 1994b: 39). Todo grupo que interviene en el campo de las relaciones sociales intenta por lo mismo promover activamente sus representaciones distintivas. Máxime en un contexto de cambio acelerado y de desintegración social, como el que actualmente domina en los sistemas sociales basados en la información y el conocimiento que, en coherencia, requiere de planteamientos culturalmente orientados por la praxis, esto es, una concepción materializada de la mediación social.

Los procesos de hibridación cultural y de reorganización del universo simbólico, producto de un mercado en imparable progresión globalizadora, han generado, por necesidad, nuevos modos de asentamiento de las identidades culturales, fragmentando los discursos grupales en la intersección entre lo masivo, lo culto y lo popular desde el dominio de los nuevos medios de interacción y comunicación social.

“El tema de la identidad sociocultural cobra cada vez más relevancia a medida que se desarrolla la sociedad industrial capitalista, pues su dinámica de mercantilización de cada vez más esferas de la existencia humana, la expansión de la racionalidad instrumental y la colonización del mundo vital corre los vínculos sociales y las identidades socioculturales tradicionales” (Riechmann y Fernández Buey, 1994: 66).

De aquí la necesidad de comprender el sentido de ese espacio o mundo de vida en el que los nuevos movimientos sociales perciben que hay que intervenir frente a las formas de control social producto de una racionalización tecnológica exacerbada, considerando sobre todo que la identidad cultural es un factor primordial de comprensión y dominio cognitivo del entorno hoy determinado por el acceso y uso de las tecnologías digitales.

De acuerdo con Giddens, “la política moderna de emancipación está siendo complementada y modificada por la emergencia de una política-de-la-vida, que tiende a centrarse en problemas que fluyen de la realización personal pero afectan a las estrategias globales y que nos lleva a reapropiarnos de cuestiones existenciales y morales básicas” (Giddens, 1993: 143). En función de su importancia reguladora de la acción, esta política de la subjetividad es estratégica en la valorización del problema de las mediaciones culturales que conforman la estructura fragmentada e inestable de la lógica cultural posmoderna. La valoración de los espacios y mundos de vida ha traído en esta línea como

consecuencia la politización de la vida doméstica como lugar para la convergencia (fusión), como espacio no tópico para lo imaginario (u-tópico), para la autodeterminación.

Las teorías sobre los movimientos sociales como promotores de la acción colectiva y la identidad cultural acentúan por ello la importancia de la atribución de sentido en el proceso de “liberación cognitiva” que se genera a través de la transformación de la conciencia de los actores sociales implicados, al interpretar el paso de una actitud pasiva a una actitud netamente reivindicativa y de participación social, centrándose en las interacciones que nuclea la solidez del grupo y el alcance de su acción pública. Estos elementos deben ser considerados en su justa y debida importancia tomando en cuenta especialmente contextos como el actual, en el que se ha experimentado un desarrollo ilimitado de la dimensión simbólica que favorece la apropiación simbólica de los contenidos de los medios expandidos de representación y reconocimiento.

En las sociedades tardocapitalistas regidas como vimos por una alta densidad y distribución de información, la producción simbólica ocupa un lugar privilegiado en la construcción de los mundos de vida. Ya que, según Melucci, en los sistemas en que la producción material se transforma en la producción de signos y relaciones sociales, el área central de conflicto se sitúa en torno a la habilidad de los grupos e individuos para controlar las condiciones de formación de su acción.

El sentido que atribuyen los nuevos movimientos sociales a la acción social sitúa epistémicamente la comunicación, a este respecto, como un potencial eje transformador que puede vertebrar localmente las posibilidades de éxito de los proyectos sociales emancipadores. En otras palabras, la comunicación se constituye en el principal medio de intervención y transformación social, pues a partir de las construcciones simbólicas los sujetos pueden apropiarse de la logofera, y del territorio, en su participación a través de los movimientos sociales, frente al excesivo volumen de información dispersa, logrando reconocerse y reconocer socialmente a “los otros” gracias a la potencia liberadora de los medios de representación e intercambio apropiables en la nueva economía distribuida que hace posible la revolución digital. La vinculación con los otros, el diálogo para la acción transformadora, son hoy por lo mismo decisivos e imprevisibles, resultando los aspectos comunicacionales factores estructurantes en todo movimiento social.

Como bien indica Marcelo Pakman, toda organización social se construye a través de diferentes tipos de historias:

1. Los relatos, leyendas, narraciones, fantasías y documentos en las que lo central son los aspectos representacionales del intercambio verbal.
2. Las historias de las que somos parte.

3. Y las historias encerradas que somos y habitamos como “precipitados formales biológicos, tanto filogenéticos (como la estructura de especie de nuestra corporalidad que nos hace, por ejemplo, tener brazos y no alas) como ontogenéticos (como las cicatrices que nos marcan) y culturales (desde los modos de caminar de nuestra tradición cultural-social hasta las estructuras arquitectónicas que habitamos y los medios tecnológicos que utilizamos, ambas extensiones pero también organizadores de nuestra experiencia cotidiana...)” (Pakman, 1995: 300).

Parafraseando a Revilla, podemos concluir por tanto que la faceta principal de los nuevos movimientos urbanos es precisamente la interconexión de los individuos involucrados en el proceso de identificación en su trabajo autoorganizativo de producción del mapa cognoscitivo que la caracteriza como código distinto a otros códigos culturales y ello en el ciberespacio, de forma creativa y en tiempo real. La interconexión aquí de la red Internet se entiende como un factor clave de la emancipación de los sujetos en su esfuerzo por dialogar e interpelarse al interior de sí mismos y con los otros. Este, a nuestro modo de ver, es el núcleo central de toda propuesta que procure problematizar la definición metodológica de los nuevos movimientos urbanos en línea. Pues en el nivel de captación y medida de las alternativas o márgenes aceptables de intervención social en red es donde se cifra las posibilidades de reconstrucción de la identidad cultural.

6. Movimientos urbanos, acción colectiva y cibercomunidad

La conceptualización de los nuevos movimientos urbanos como acción participativa distribuida en red lleva a valorizar la acción social de estas organizaciones como una suerte de alternativa cultural creada desde relaciones sociales autónomas y creativas según principios de identidad y solidaridad colectivas. En otras palabras, los nuevos movimientos y conflictos sociales por el derecho a la ciudad han de ser definidos aquí como una apuesta por la autoorganización de la ciudadanía, favorecedores del proceso de construcción dialógica del sentido y las identidades culturales que estructuran nuestro comportamiento en común.

Las premisas fundamentales de partida para una mirada distinta sobre la problemática que esboza la pedagogía de la comunicación como campo experimental de autonomía y protesta de las nuevas formas emergentes de ciudadanía son básicamente dos a tomar en cuenta:

1. La autonomía del campo de la comunicación constituye un área privilegiada de intervención cultural, pues es en este proceso en el que se formulan los perfiles y tendencias del espacio

público, donde se puede anclar la experiencia y apropiarse del territorio y los recursos de vida en común.

2. La articulación como problema de comunicabilidad o mediación de las diferencias de identidad en el seno de las multitudes conectadas en los nuevos movimientos urbanos exige la extensión de redes y “conjuntos de acción”, favorecedores de dialécticas culturales y comunicativas, en las que se descubran sentidos y necesidades latentes que hay que hacer aflorar en común, práctica y analíticamente.

Así, si la comunicación alternativa se define históricamente en relación a la propiedad y uso de los medios convencionales, siendo su perspectiva subordinante y contrahegemónica, más que de comunicación alternativa, en sentido restrictivo, hoy convendría hablar, desde este punto de vista, de *mediaciones alternativas*. Esta sería “la expresión sistemática, coherente, creativa, complementaria, abierta y horizontal, que un grupo u organización logra ir desarrollando como arma de lucha ideológica que expresa e inter-comunica su nivel de conciencia, su avance organizativo y sus luchas” (Núñez, 1985: 133). Desde esta perspectiva, el proceso de democratización de las comunicaciones buscaría, parafraseando a Alfaro, asumir el compromiso de un nuevo modelo de articulación que se sustente en la capacidad de diálogo, negociación e intercambio, creando y legitimando espacios públicos de interés social y comunitario compartidos, en la ampliación y discusión de nuevos horizontes de desarrollo local.

Si bien la consecución de mayor potencia organizativa no va a generar de manera directa o inmediata desarrollo autónomo, ni tampoco transformaciones sociales significativas hacia un mayor equilibrio territorial en los procesos de cambio urbano, la experiencia y análisis de las experiencias en trabajo de campo analizados demuestran que la ampliación creativa de las posibilidades de autoorganización en red de los movimientos sociales, la construcción de instituciones abiertas al tejido comunitario y la implementación, por último, de la comunicación y la cultura al servicio de la promoción y el desarrollo local que hoy posibilitan las nuevas tecnologías dan cuenta de nuevas condiciones para la autonomía política, económica y cultural a este nivel.

El desarrollo y consolidación de nuevos movimientos urbanos como el 15M representa, en este sentido, la emergencia de nuevas formas instituyentes de lo social que trasciende la delegación de objetivos y funciones en favor de una apropiación participativa de los espacios públicos desde lo vivido a lo concebido, sin supeditar un nivel a otro, mediante la integración dialéctica en un mayor

nivel de conciencia y responsabilidad social de las actividades de uso común que ejercen en el ámbito de la comunidad las instituciones locales.

El rechazo a las jerarquías rígidas y la defensa de la democracia directa en el seno de grupos pequeños y descentralizados constituye de hecho la esencia y peculiaridad de los movimientos sociales como redes sumergidas en la vida cotidiana. La característica definitoria del funcionamiento de estos nuevos movimientos sociales es justamente su articulación reticular, ya que como consecuencia de las relaciones cruzadas a todos los niveles, las actividades de cada uno de los grupos y de los diversos colectivos se desarrollan de manera conjunta compartiendo similares objetivos, dada la exigencia tardocapitalista de transversalidad. A este respecto, los movimientos sociales pueden ser considerados como una "reticulación de redes". Algo así como un objeto muelle con múltiples fronteras fluidas o poco delimitadas, abierto al cambio y la participación personal de los sujetos, en la definición del saber para la acción y el funcionamiento colectivo con otros grupos sociales. En cierto modo, todo movimiento social es una malla o red interna no formal de investigación-acción participativa apoyada en la cultura del grupo y la promoción social de sus miembros como actores protagonistas del cambio social. Por ello, los movimientos sociales fomentan la toma de conciencia como aprendizaje colectivo de sus propias posibilidades y recursos, así como de los medios y estrategias con que cuentan para la movilización colectiva, tal y como propone históricamente la metodología de Investigación-Acción Participativa (IAP).

La idea, ciertamente, no es nueva. Desde el movimiento obrero, a las luchas populares en América Latina, han sido numerosas las experiencias comunitarias que han demostrado la potencia de una metodología que reorienta el uso y acceso a los nuevos medios, en función de estrategias constructivistas de análisis colectivo de lo social. Ahora bien, hoy la tradición de la IAP, y las metodologías creativas de innovación grupal, tiene un problema. Los grupos y colectivos implicados en la lucha social pueden intercambiar experiencias, contrastar sus discursos y objetos de acción, pero quizás nunca lleguen a transferir experiencias y conocimientos colectivos entre sí en un entorno complejo y denso en su trama como el de la cibercultura. El célebre problema de la incomunicabilidad de la experiencia de las luchas.

Como advierten Negri y Hardt, "en nuestra celebrada era de las comunicaciones, las luchas se han vuelto casi incomunicables. Esta paradoja de incomunicabilidad vuelve extremadamente difícil comprender y expresar el nuevo poder derivado de las luchas emergentes" (Negri y Hardt, 2000: 34). Por otro lado, la política de la diferenciación simbólica anula y dispersa la potencia emancipadora de la multitud. En el horizonte posmoderno de la sociedad global, parece que la hibridez y ambivalencia cultural de las identidades autocentradas desafían la lógica binaria del Yo y del Otro,

desplazando los discursos sexistas, xenófobos y racistas a los márgenes del sistema. Las políticas de la diferencia son, sin embargo, estrategias de segmentación y jerarquización que, incorporando las voces y valores culturales minoritarios de los grupos oprimidos y marginales, ordenan y extienden las formas de biopoder global. “Las estructuras y lógicas de poder en el mundo contemporáneo son absolutamente inmunes a las armas liberadoras de las políticas de diferencias posmodernistas. De hecho, también el Imperio está decidido a eliminar aquellas formas modernas de soberanía y poner a las diferencias en juego por encima de las fronteras. Por ello, pese a sus buenas intenciones, las políticas posmodernistas de las diferencias no sólo son ineficaces contra el mundo imperial, sino que incluso apoyan y coinciden con sus funciones y prácticas” (Negri y Hardt, 2000: 84). Tal énfasis de los estudios culturales en comunicación anglosajones en la diferencia, la multiplicidad y el simulacro no es, en este sentido, sino la afirmación funcional de las ideas estratégicas del capital. La afirmación de la diferencia y la hibridación es, sin embargo, al mismo tiempo una afirmación de comunidad, una defensa de la vida, en el mundo inhóspito, en favor de las redes de desarrollo solidario.

Ahora, ¿desde qué bases y perspectivas puede activar el poder de la crítica sus dispositivos emancipadores?, ¿qué alternativas tenemos para la acción transformadora?, ¿cómo pueden ser reorientados los medios y tecnologías de la información en un sentido democrático?, ¿qué líneas y ámbitos de actuación son prioritarios para el diseño alternativo de una Sociedad de la Información, en verdad, para todos?. Responder a estas y otras cuestiones fundamentales exige sin duda un esfuerzo de reflexión teórica que no es viable plantear más que, como decimos, exploratoriamente en el presente capítulo. Vamos a procurar apuntar, al menos tentativamente, algunas cuestiones cruciales de intervención estratégicas a modo de cierre y conclusión de nuestro ensayo reflexivo.

La primera de ellas es la reivindicación de la noción de ciudadanía universal. Las nuevas redes telemáticas, el ciberespacio, las nuevas autopistas de la información plantean hoy un problema ideológico fundamental de legitimación y fundamentación del nuevo pacto social. Sobre las formas convencionales del lazo social, sobre las prácticas y representaciones simbólicas modernas, el ciberespacio introduce nuevos hábitos y relaciones sociales que, especialmente en conflictos y ciclos de protestas como los que vivimos, evidencia un nuevo estatuto para el sujeto político. Como señala Echeverría, los problemas técnicos de acceso, circulación o transmisión rápida y segura de la información a través de Internet son importantes, pero resulta mucho más urgente reflexionar sobre la conformación de la red como nuevo espacio ciudadano. La ruptura de los límites internos y externos de la ciudad y de los territorios, la integración y confusión de los ámbitos públicos y privados, tradicionalmente escindidos en el discurso y la comunicación política moderna, no sólo apuntan nuevas pautas culturales de organización y sociabilidad humanas, sino también, a través de las diversas formas electrónicas de interacción e intercambio de información, la constitución de un

nuevo espacio de identidad y participación política. Más allá de la radical desarticulación espacial y de estructuración de los parámetros del universo social, la cibercultura y las luchas urbanas justifican la pertinencia de un nuevo enfoque de la ciudadanía, una nueva cultura de apropiación e integración doméstica del espacio en el que, por necesidad, no podemos hablar propiamente de distinción entre lo interno y lo externo a la manera que lo hace Habermas en su reconstrucción histórica de la esfera pública burguesa.

En efecto, los límites, formas y dimensiones culturales de la revolución digital abren una dimensión biopolítica fundamental sobre el viejo debate en torno al sujeto, ahora convertido en terminal de la red telemática. La cultura digital vislumbra la emergencia de un nuevo sujeto, un sujeto heterogéneo complejo y contradictorio que, en conexión con el entorno múltiple de la tecnología electrónica, muestra un yo escaso, móvil, disperso y molecular. El cyborg es hoy el único modelo que nos permite teorizar la subjetividad. Cuando –como escribe Negri– el capital ha absorbido completamente a la sociedad, cuando la historia parece o se afirma que ha terminado, la subjetividad, motor de la transformación del mundo por el trabajo e indicador metafísico de los poderes del ser, nos anuncia que la historia no ha terminado. Antes bien, emerge con toda su fuerza y potencia liberadora. Un síntoma de esta nueva situación es el fenómeno de la migración y las redes de consumo de los medios comunitarios.

La fuerte e imparable movilidad de la fuerza de trabajo, la lógica difusa e imprevisible de los desplazamientos de amplios contingentes de la población constituyen hoy una poderosa forma de impugnación y desequilibrio para el Imperio. La migración y comunicación intercultural representa por ello una fuente dinámica de activación de la lucha de clases en las sociedades posmodernas. “El deseo desterritorializador de la multitud es el motor que empuja todo el proceso de desarrollo capitalista y el capital debe intentar constantemente contenerlo” (Negri y Hardt, 2000: 75).

La comunicación global nos sitúa en este sentido ante el reto y la experiencia de la ciudadanía global. La movilidad de la fuerza de trabajo es, a este respecto, un factor de ruptura del sistema.

“La resistencia de la multitud a la servidumbre –la lucha contra la esclavitud de pertenecer a una nación, una identidad y un pueblo, y por ello la deserción de la soberanía y de los límites que le impone a la subjetividad es absolutamente positiva. El nomadismo y la mezcla de razas aparecen aquí como figuras virtuosas, como las primeras prácticas éticas en el terreno del Imperio. Desde esta perspectiva, el espacio objetivo de la globalización capitalista se quiebra. Sólo un espacio animado por la circulación subjetiva y sólo un espacio definido por los movimientos irreprimibles (legales o clandestinos) de los individuos y los grupos sociales es real” (Negri y Hardt, 2000: 189).

Coincidimos en este punto con Negri, que en el seno de la sociedad hipermediatizada y de comando flexible la migración y la comunicación intercultural abren la puerta a la esperanza del comunismo tanto o más que el propio comunismo digital. Si bien las contradicciones fundamentales de este nuevo orden imperial pueden parecer imperceptibles por el control totalitario del mando informacional, mostrándose ilocalizables, invisibles y elusivos los puntos de articulación y transformación liberadoras, las alternativas de cambio y movilización colectiva proliferan y se multiplican en los pliegues del sistema. Así, las formas reticulares de lo espectacular integrado no sólo organizan los procesos de reproducción ampliada del capital, sino también las formas de cooperación y comunicación social dentro y fuera del sistema.

Las redes cívicas, los telecentros comunitarios o las plataformas públicas antiglobalización están generando formas innovadoras de apropiación y uso de las nuevas tecnologías digitales, revitalizando los procesos creativos de organización y desarrollo social. Esta capacidad innovadora deriva de la compleja capacidad de conocimiento, del elevado nivel de conciencia, al estar expuesta, a diferencia de las formas tradicionales de comunicación, a los requerimientos y cambios del entorno, lo que exige una amplia capacidad reflexiva para evaluar las situaciones y dar respuesta en cada momento a las transformaciones del medio. Las comunidades son, en otras palabras, comunidades inteligentes, organizadas en, por y para la acción. Por primera vez, en otras palabras, la comunicación se ve expuesta a convertirse en un saber para el cambio. Y este es, a nuestro modo de ver, la principal aportación de la cibercultura a los procesos de lucha liberadora de los nuevos movimientos urbanos. Pensar la comunicación vinculada a la acción, al desarrollo y necesidades radicales de los sujetos y conjuntos humanos, constituye en este sentido un problema central en la práctica teórica.

Ahora bien, para ello, la comunidad académica de la comunicación, además de hacer frente a las insuficiencias teórico-conceptuales y metodológicas de la investigación en la era del Imperio, debe tratar de articular nuevas formas de organización que faciliten la autonomía social y la construcción del conocimiento complejo, vinculando física, material y socialmente los nodos de la red que nos produce. De la asunción de una cultura común reflexiva y críticamente vinculada a las redes sociales depende, en verdad, el futuro de la Sociedad Global de la Información para Todos.

Si tales métodos se utilizan radicalmente en la obtención de un resultado distinto al del reforzamiento de la división del trabajo entre intelectuales y productores, el reto de la nueva perspectiva organizacional nos exige una praxis basada en la identidad creativa y la imaginación horizontal y una metodología abierta al cambio, al azar y al poder transformador de lo molecularmente microsociológico de la acción colectiva en el ámbito local.

Las nuevas redes telemáticas abren un escenario potencial de múltiples sinergias productivas de cooperación, organización y autonomía comunitaria que debe ser explorado y conocido para un mejor desarrollo de la comunicación local en las redes globales de la nueva Sociedad de la Información. Ahora bien, si asumimos como reto prioritario pensar la comunicación en el mundo como un compromiso comunitario emancipador, como un ejercicio de reflexividad colectiva y liberación de las potencialidades y singularidades humanas debemos redefinir los modelos conceptuales desde las necesidades y deseos de la multitud, desde la pluralidad informativa, la justicia social y la defensa de la multiplicidad de voces y culturas que actualizan el principio del derecho a la ciudad.

En este empeño, la fundación de un pensamiento para el cambio social es, sin duda, el primer paso para transitar de la concepción formal y sobredeterminada de la comunicación multimedia global a la realización material de la concepción democrática de las redes de interacción simbólica en la lucha por lo procomún. Pero existen diversos límites y obstáculos epistemológicos. El principal es probablemente de carácter comunicativo, la ausencia de un lenguaje común que pueda traducir en forma de proyecto colectivo el antagonismo a partir de la comunicación de las singularidades. Tenemos, bien es cierto, capital cognitivo y experiencias históricas que apuntan lecciones para el trabajo de reconstrucción de un nuevo pensamiento para el cambio social. Uno de los aportes más relevantes es el de la Pedagogía Social Italiana (Sierra, 1997). En nuestra tesis doctoral sobre Comunicación y Desarrollo Local, apuntamos en su momento algunas ideas para una lectura actualizada de la intervención desde la perspectiva de los movimientos sociales que hoy se nos antojan válidos y pertinentes a tenor de las transformaciones experimentadas desde entonces. Así por ejemplo, en la amplia región toscana, la experiencia de la pedagogía social alumbró el nacimiento de los Bancos Intermunicipales del Audiovisual, creados bajo la idea de centralización y de funcionalidad estratégica de los audiovisuales en los circuitos de comunicación conectados directamente a la vida de las comunidades locales en sus diferentes expresiones civiles y culturales. Esta experiencia, que en algunos casos sirvió como analizador histórico de más amplias movilizaciones sociales en reivindicación de la cultura, la democracia y la autogestión local, es una de las diversas experiencias basadas en la conceptualización de la ciudad educativa como ciudad educadora y democráticamente comunicante menos conocida. Pese a que constituye un ejemplo innovador de gran capacidad movilizadora en la organización y desarrollo de las fuerzas sociales a nivel municipal pues en su momento consiguió instrumentar los recursos comunicativos como núcleo de las actividades en el campo de la comunicación y la cultura a partir de la expresión cultural de las identidades diferenciadas y de la apropiación simbólica del espacio en las actividades y organización de las propias entidades e institucionalidad municipal.

A partir de los fundamentos metodológicos de la Pedagogía Social Italiana y experiencias antecedentes, podemos hoy colegir que el objetivo básico de la *comunicación alterativa* hoy por hoy debe ser estrechar los vínculos de los investigadores de la comunicación, las organizaciones y movimientos sociales, el sector educativo, la industria cultural y el poder político local del municipio, favoreciendo un compromiso democrático para el desarrollo en torno a las políticas culturales, a partir de estrategias de comunicación liberadoras que emergen de la construcción de lo común en las redes sociales. De modo que, a través de la planificación democrática con el concurso de los medios y las nuevas tecnologías de la información, se pueda metodológicamente animar vivencias autónomas y la maduración de encuentros solidarios. Los valores de la libertad, de la creatividad y el diálogo deberían ser vectores con los que el tiempo de cada uno y de cada grupo se vayan fraguando en la articulación de alternativas locales. En otras palabras, la autogestión y la solidaridad remiten aquí al propósito de que la comunidad construya su propia vida en común, y defina, en coherencia, las propias estrategias de desarrollo local de forma autónoma a partir de la voluntad de compartir el lenguaje de los vínculos.

7. Conclusiones

En el contexto de la comunicación global como dominio, el rearme de la red comunitaria que estructura el tejido social es la condición imprescindible para la construcción de un nuevo territorio, de una nueva urbanidad. Más aún, la conexión es un principio necesario para el aprendizaje autogestionario de los recursos que dispone cada grupo y la comunidad en su conjunto. Por eso, la metodología emancipadora opera de modo diacrónico en la estructuración de redes sociales con base en la comunicación, superando las distancias entre la función de emisión y recepción de cada grupo, con el fin de conjugar los mensajes divergentes de todos los actores y movimientos sociales, a la hora de enfrentar de manera conjunta la realidad del desarrollo comunitario, y vertebrar el proyecto de desarrollo local de forma plural y dialéctica a partir de lo real concreto. La creación de políticas culturales desde el ámbito de lo local significa promover un proceso político en el que los múltiples objetivos, intereses y contradicciones se confronten públicamente en la delimitación del horizonte comunitario para la planificación del desarrollo local. La posibilidad de diagnosticar comunitariamente las necesidades y objetivos de la comunicación local depende en este sentido de la posibilidad de usar la información de los medios con efectividad a los fines propios del desarrollo y la autoconfianza colectiva.

En este empeño, la función del investigador no puede ser la misma en la era del Capitalismo Cognitivo. Es necesario asumir radicalmente la idea del intelectual, del investigador, con relación a los procesos de mediación del interés social inmerso en las redes, y recuperar la relación que la dialéctica

materialista había establecido entre teoría y práctica. En nuestro tiempo, pasar de la idea de la universalidad a la teoría como caja de herramientas significa procurar la construcción de pensamiento y de conocimiento social desde y a partir de las redes ciudadanas, para constituir una economía política del conocimiento, transformando, primero, las concepciones y estilos de investigación en común. En otras palabras, y para el caso que nos ocupa, el intelectual debe procurar pensarse como un sujeto nómada, reflexivo, situado en los aparatos de información, siendo consciente de que existe una micropolítica de los saberes sometidos, de los conocimientos locales, que debe impulsarse hasta el extremo, en esa ética de la inconformidad que señalaba Foucault en algunos de sus últimos escritos.

Ahora bien, el hecho de que estemos pensando en el ámbito local, en la articulación de comunicación; en las luchas urbanas y en el compromiso intelectual con esas redes de información de los movimientos sociales, no significa que perdamos de vista la totalidad. Es más, una de las ideas que ya señalaba al comienzo del presente artículo es que precisamos volver a reivindicar el pensamiento totalizador o recuperar la voluntad de la *totalidad perdida*, si queremos trascender la incomunicabilidad. Esto es, si no pensamos con una visión total las luchas fragmentarias y locales de la nueva ciudadanía, los esfuerzos de la teoría crítica terminarán, nunca mejor dicho, perdiéndose en el espacio.

Somos conscientes que, en la agenda política de la sociedad-red, hay numerosas y trascendentales transformaciones que exigen de parte de la teoría crítica nuevas herramientas y metodologías, así como la reformulación de las concepciones al uso. Pero quizás una constatación evidente en las experiencias de modernización de las ciudades, es que es prioritario democratizar la teoría y la praxis de la investigación en comunicación articulando la instancia de la geopolítica y la lectura de la radical historicidad para no perder de vista los horizontes potenciales de liberación social. Como también, desde esta perspectiva, antes que abordar la pertinencia de las políticas locales, antes de revisar las agendas de investigación, es importante comenzar a socializar y democratizar el conocimiento. Ha llegado el momento de empezar a hacer investigación-acción, en los movimientos sociales, aportando nuestro saber para las luchas, más allá de la consideración como objetos de estudio de interés para la ciencia. Necesitamos, en este sentido, hoy más que nunca, una Comunicología que trabaje en las redes ciudadanas para transformar la realidad, generando economía social, conocimiento local, recuperando, en fin, la memoria, desde la praxis, sobre diversas realidades que atraviesan la economía política del conocimiento, los conflictos interculturales en defensa de la participación democrática, el desarrollo y la cultura, pues la comunicación, en fin, como la vida misma, no tiene fronteras, y aspira a realizar el sueño de todo sujeto: aprender a ser. Aunque sea en las ciudades muertas por las que no fluye la energía del capital, ni las mercaderías mientras se trazan las barreras y muros de la ley de hierro del capital.

Referencias

- ALFARO, R. M. (2006). *Otra Brújula. Innovaciones en Comunicación y Desarrollo*. Lima: Calandria.
- ALFONZO, A. (1997). “A la ciudad para el ciudadano por la comunicación” en *Diálogos de la Comunicación*, N° 47. Lima: FELAFACS.
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (1998). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.
- BREA, J. L. (2007). *Cultura RAM*. Barcelona: Gedisa.
- BLUMLER, J. G. and COLEMAN, S. (2001). *Realizing Democracy Online. A Civic Commons in Cyberspace*, IPPR/Citizens Online Research Publications, N° 2, March.
- CENTENO, C. ; VAN BAVEL, R. ; BURGELMAN, J.C. (2004). *eGovernment in the EU in the next decade: The vision and key challenges*. Sevilla: IPTS/European Commission.
- COMUNICACIÓN COMISIÓN EUROPEA (2004). *Challenges for the European Information Society beyond 2005*, 19 November 2004.
- DEL GUIZZO, F. y ROZENGARDT, A. (2005). “La sociedad civil y la sociedad de la información: lo local como eje de convergencia”, en FINQUELIEVICH, Susana (Coord.): *Desarrollo local en la sociedad de la información. Municipios e Internet*, Buenos Aires: La Crujía.
- DI MAIO, R. y TIDDI, A. (2004). “Necesidades comunes. Precarios, entre la autovalorización y mando” en *Revista Brumaria*, N° 3.
- DUTTON, W. (Ed.) (1996). *Information and Communication Technologies: Visions and Realities*, Oxford University Press.
- ECHEVERRÍA, J. (2004). *Nuevas tecnologías, sociedad y democracia*. Vitoria: HEGOA.
- FERNÁNDEZ BEAUMONT, J. (2005) “Una sociedad de la comunicación construida sobre las buenas prácticas” en *TELOS*, Abril-Junio, N° 63. Madrid: Fundación Telefónica.
- FINQUELIEVICH, S. (Coord.) (2005). *Desarrollo local en la sociedad de la información. Municipios e Internet*, Buenos Aires: La Crujía.
- FRANKE, T. y FRÖLICH, F. (2004). “Town Planning and Citizen Participation”, German Institute of Urban Affairs. DIFO.

FRISSEN, V. (2003): "ICTs, civil society and local/global trends in civil participation", Taller ICTS and Social Capital in the Knowledge Society, Sevilla: IPTS.

GALVAO, A.C.F. (2003): *Regiões e cidades, cidades nas regiões: o desafio urbano-regional*. Sao Paulo: UNESP/ANPUR.

GIDDENS, A. (1993). "La vida en una sociedad post-tradicional" en *Revista de Occidente*, N° 150. Madrid.

GILLESPIE, A. (1992): "Communications technologies and the future of the city", en BREHENY, M. (Ed.). *Sustainable Development and Urban Form*, Londres: Pion.

GÓMEZ, M. L. (2003). *Ciudades en Red y Redes de ciudades: a vueltas con la ordenación del territorio en la ciudad digital*, Málaga: UMA.

GRAHAM, S. y MARTIN, S. (1996). *Telecommunications and the city: Electronic Spaces, Urban Spaces*. London: Routledge.

GRAHAM, S. (1997). "Las telecomunicaciones y el futuro de las ciudades: derribando mitos", *Cities*, Vol. 14, número 1, pp. 21-29.

(2000). "Constructing Premium network space: reflections on infrastructure networks and contemporary urban development", *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 24. 1. , pp. 183-200.

GRAMBERGER, M. (2001). *Citizens as Partners. Handbook on Information, Consultation and Public Participation in Policy Making*, París: OCDE.

GUATTARI, F. (2004). *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de Sueños.

GURSTEIN, M. (Ed.) (2000). *Community Informatics: Enabling Communities with Information and Communications Technologies*. Hershey: Idea Group Publishing.

GURSTEIN, M. (2005). "Uso efectivo: Una estrategia de informática para la comunidad más allá de la brecha digital" en FINQUELIEVICH, S. (Coord.). *Desarrollo local en la sociedad de la información. Municipios e Internet*. Buenos Aires: La Crujía.

HALLECK, D. D. (2002). *Hand-Held Visions: The Impossible Possibilities of Community Media*. New York: Fordham University Press.

- HARVEY, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- INNERARITI, D. (2006). *El nuevo espacio público*. Madrid: Espasa-Calpe.
- JAMESON, F. y NIYOSHI, M. (Eds.) (1998). *The Cultures of Globalization*. Dirham: Duke University Press.
- KAUFMAN, E. (2005). “Redes asociativas, TIC y formación de funcionarios”, en FINQUELIEVICH, S. (Coord.): *Desarrollo local en la sociedad de la información. Municipios e internet*. Buenos Aires: La Crujía.
- LEFEBVRE, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- LEÓN, O. et al. (2001). *Movimientos sociales en la red*. Quito: ALAI.
- LÉVY, P. (2002). *Ciberdemocracia. Ensayo sobre filosofía política*. Barcelona: Editorial UOC.
- MATTELART, A. (1998). *La mundialización de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- MEIKLE, G. (2002). *Future active: Media activism and the Internet*. New York: Pluto Press.
- MELUCCI, A. (1994). “Asumir un compromiso: Identidad y movilización en los movimientos sociales”, en *Revista Zona Abierta*, N° 69. Madrid.
- MILLARD, J. (2004). “Las TIC y la gobernación”, N° 85, Sevilla: IPTS.
- NEGRI, A. y HARDT, M. (2000). *Empire*. Massachusetts: Harvard University Press.
- (2004). *Multitud*. Barcelona: Debate.
- NEGRI, T. (2006). “La multitud y la metrópoli”, en *Revista Brumaria*, N° 6, Madrid.
- NÚÑEZ, C. (1985). *Educar para transformar. Transformar para educar*. Guadalajara: IMDEC.
- PAKMAN, M. (1995). “Redes: una metáfora para la práctica de intervención social” en DABAS, E. y NAJMANOVICH, D. (Comps.). *Redes. El lenguaje de los vínculos*. Buenos Aires: Paidós.
- PÉREZ LEDESMA, M. (1994). “Cuando lleguen los días de cólera . Movimientos sociales, teoría e historia”, en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid.
- PÉREZ LUÑO, A. (2003). *¿Ciberciudadaní@ o ciudadaní@.com?*. Barcelona: Gedisa.

- RASCHKE, J. (1994). “Sobre el concepto de movimiento social”, en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid.
- REVILLA, M. (1994). “El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido”, en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid.
- RIECHMANN, J. y FERNÁNDEZ BUEY, F. (1994). *Redes que dan libertad. Introducción a los movimientos sociales*. Barcelona: Paidós.
- RODRÍGUEZ VILLASANTE, T. (1993). “Aportaciones básicas de la IAP a la epistemología y metodologías” en *Documentación Social*, N° 92, Madrid.
- (1994a). *Aprendiendo con los movimientos populares*. Madrid: Red CIMS.
- (1994b). *Las ciudades hablan*. Madrid: Ediciones HOAC.
- (1995). *Democracias participativas*. Madrid: Ediciones HOAC.
- SÁDABA, I. (2004). *Del cambio tecnológico al cambio social. Conflictos y protestas globales en la red*. Vitoria: HEGOA.
- SIERRA, F. (1997). *Pedagogía de la Comunicación y Desarrollo Local. Una propuesta metodológica cualitativa*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- (1999). *Elementos de Teoría de la Información*. Sevilla: MAD.
- (2006) *Políticas de comunicación y educación. Crítica y desarrollo de la Sociedad del Conocimiento*. Barcelona: Gedisa.
- SOUSA DE SANTOS, B. (Org.) (2003). *Democratizar a democracia. Os caminhos da democracia participativa*, Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- VAN BAVEL, R.; PUNIE, Y.; TUAMI, I. (2004). “Cambios en el capital social, posibilidades por las TIC”, *IPTS*, N° 85, Sevilla.
- VIRNO, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- VIZER, E. (2003). *La trama invisible de la vida social*. Buenos Aires: La Crujía.
- VV.AA. (2003). *Otro lado de la brecha. Perspectivas latinoamericanas y del Caribe ante la CMSI*. Caracas: Redistic.

WASKO, J. y MOSCO, V. (Eds.) (1992). *Democratic Communications in the Information Age*, Toronto: Garamond Press.

YÚDICE, G. (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Barcelona: Gedisa.

ZALLO, R. (1992). *El mercado de la cultura*. Donostia: Gakoa.